

Januario Espinosa

La carrera literaria

(Conclusión)

Pedro E. Gil, que debería descollar como escritor satírico, comenzó en «La Revista Cómica»: en la quinta semana de marzo de 1896 aparecen unos versos ligeros que tituló «Cinco cosas»:

Yo tengo dos corazones
que no temo me los quiten:
uno que me ha dado Dios
y otro que me dió una virgen.

Y en la cuarta semana de junio del mismo año unas «Menudencias»:

¡Cuánto poeta genial,
de estro fácil, donairoso,
se transforma, por su mal,
de poeta espiritual
en poeta espirituoso!

Sus versos, todos de índole jocosa, aparecieron en un volumen: «Cosas sin ton ni son». Poco después de

su muerte, una hija suya reunió en un opúsculo sus artículos sobre cuestiones de gramática. También era lo que se llama un «purista».

* * *

Entremos ahora a la línea de los que no han abandonado el oficio, y que llevan camino de morir con la pluma en la mano. Comenzaremos con Augusto d'Halmar, que obtuvo este año el premio nacional de literatura. Se estrenó en el N.º 125 de «Los Lunes» (26 de junio de 1899), con el cuento «Una vida» que firmaba con su nombre civil: Augusto Goemine Thomson. En el número subsiguiente aparecía «A la buena de Dios»; en el N.º 129, «El canalla»; en el 141, «Sin hogar», etc., cuentos que le publicaban en primera página, después de «La Semana» de comentarios festivos suscrita por Miguel Angel Gargari (Nadir). Lo encontramos por primera vez en el N.º 13 de «Luz y Sombra» (junio 16 de 1900) con el cuento «Corazones». Ya firmaba sólo «Augusto G. Thomson». Esta inicial «G» debería desaparecer pronto, pero al fin, para suprimir la cacofonía, buscó otra firma literaria: en «Zig-Zag», de 10 de junio de 1906, aparece el cuento «La muerte de Iván», suscrito Augusto y Fernando Halmar: habían formado una hermandad con su cuñado Fernando Santibáñez, que duró poco. En el Viejo Mundo, para donde partió en 1907,

camino hacia la India, a donde lo nombraron cónsul, adoptó la firma actual. El estilo de d'Halmar no ha variado en nada desde sus comienzos. En «Pluma y Lápiz», N.º 105, un artículo «Poquita cosa», empieza: «¡Tanta pena! ¡Tanta, tanta! Nunca en mi pensamiento me había figurado a Daudet, viejo y enfermo; lo creía un amiguito de mi edad, con el cabello alborotado y la corbata suelta».

Mariano Latorre aparece en «Zig-Zag», del 15 de septiembre de 1907 con «Paisaje chileno», firmado M. Latorre Court.

«Sol de enero. Vibra el aire en una ebullición gigantesca: los átomos, como si se corporizaran, rebotan unos con otros, y como ascuas recién desprendidas del hogar, se deslizan por el ramaje de los árboles, hasta apagarse bajo su copa. Nosotros marchamos lentamente, calados por el chaparrón de luz. Sobre nuestras cabezas no tenemos sino el sol infinito, la inmensa bóveda, cuyo azul adquiere la blancura radiante de la siesta. La luz, como un peso formidable, todo lo echa a tierra, a ésta misma requebraja para introducirse en los intersticios de los átomos. Es la hora en que revientan las semillas, en la sublime explosión de la vida... Mi cabalgadura baja la cabeza, y levanta nerviosamente las patas apenas toca el suelo ardoroso, en que el polvo rojizo hace las veces de ceniza... ».

El primer cuento de este escritor lo publicó la misma revista el 26 de abril de 1908, con el título «Ojos azules, siempre con la firma M. Latorre Court:

La he visto de improviso, en medio del bochorno del andén, y me ha dejado una dulce impresión: se ha asomado curiosamente, y su cabecita seria y triste en el marco de la ventanilla, se me ha aparecido como un cuadro antiguo, un cuadro de esos en que la mano del tiempo ha depositado todas las brumosas palideces del recuerdo. Una adorable cabecita de virgen: ojos azules», cándidos y curiosos como los de un niño, un rostro oval de líneas admirables, y una sonrisa coquetona de mujer que sabe que es bonita, fruto probable del medio en que se educó».

He aquí ahora sus primeros pasos de crítico literario: en el N.º 5 del segundo «Pluma y Lápiz», el 16 de agosto de 1912, escribía así sobre la novela «En familia», de Orrego Luco.

«El libro de Orrego Luco es, ante todo, de un sano y reconfortante optimismo. Muy diversa es, en realidad, la idea que nos habíamos formado de nuestra clase alta, cuyo lujo desmedido y dispendiosas costumbres alimentaban la leyenda de que era necesario una revolución y un trastocamiento radical de la moralidad ambiente para salvar al país. El pobre Chile era una tierra desgraciada en que los burócratas ricos reparten los puestos públicos entre los burócratas adinerados, las mujeres tenían el adulterio como cualidad inherente al matrimonio y los jóvenes vividores, desvergonzados y procaces, o mataban a su mujer en una función de gala de un teatro o a un amigo a quien sorprendían en brazos de su querida».

Víctor Domingo Silva se estrenó en el número de la primera semana de marzo de 1902, de «La Ilustración», con unos versos «El Himno», fragmento de un poema inédito, dedicados a José Ignacio Escobar y firmados Víctor Silva Endegza, o sea con un error en su segundo apellido: Endeyza. He aquí la primera estrofa:

El vigoroso chango desembarca,
asegura su esquife, su fortuna,
sube de un gran peñasco hasta la cumbre,
y desde allí con la mirada abarca
el solemne paisaje, en que la luna
derrama ya su vaporosa lumbre.

En el N.º 60 de «Pluma y Lápiz» (enero de 1902) aparece su cuento «La última noche», esta vez con la firma que mantiene hasta hoy. Vuelve a colaborar con versos en el N.º 67. En el 108 le publican su retrato con un artículo de loa. Y en el 109 aparece su «Messe printanniére»:

Han abierto ya los lirios en la cálida floresta.
Y es, vistiendo su perfume, cada lirio un incensario.
El señor Abate Octubre con sus hábitos de fiesta,
en la calma y el silencio de la hora de la siesta,
de amor dice los oficios. El bosque es el santuario.

Jerónimo Lagos Lisboa se inició en el N.º 82 de

«Pluma y Lápiz» (junio de 1902), con «Vibraciones»:

¿Que sufro yo? Tal vez. Pero en mi duelo
ni tiembla el alma, ni el corazón no ceja...
¡Que si no tiene consolación el cielo
tampoco tiene humillación mi queja!

Bastante después, en el N.º 124, encontramos su «Bautismo», en el N.º 133 (julio de 1903) sus «Oraciones sacrílegas», y en el N.º 138 su «Flor mística». Era, pues, un productor tardío.

Samuel A. Lillo debutó en mayo de 1888, con un poema «La creación» que ocupaba seis páginas de la revista de Concepción «El ensayo», órgano de la Academia Literaria del mismo nombre:

Todo está en calma, todo silencioso
en la azulada bóveda;
y el sol, ese monarca poderoso
que el espacio domina,
en cuyo derredor, con majestuoso
paso, los mundos en el éter ruedan,
con los raudales de su luz divina
los inmensos espacios ilumina.

La vía láctea, nébula gigante
que sembrada de fúlgidas centellas
el cielo cubre cual plateada cinta

no guarda de su seno en lo infinito
solitarias estrellas,
sino mil y mil soles esplendentes
y millones de mundos refulgentes.

Miguel Luis Rocuant, fué asiduo colaborador de «Pluma y Lápiz»: en el N.º 11 aparece un artículo de crítica artística: «Ante el grupo de Laconte». En el N.º 62, unos versos, »La visión del calvario»:

Como mar que recoge su cálida marea,
huía de las playas del cielo de Judea
un crepúsculo enorme. De las cumbres ancianas,
el rítmico horizonte de las aguas lejanas
del lago Tiberiade, un alma sombría
delataba el silencio de pálida agonía.

En el N.º 66, publicaba un artículo dedicado a Víctor Hugo, e iba, así, alternando los versos con la prosa.

Jorge González Bastías, surgió en el N.º 14 de «Luz y Sombra» (24 de junio de 1900), con unos versos titulados «Notas», fechados en Talca y firmados con sus iniciales:

Yo sé que tú me quieres,
bien me lo dice a veces tu mirada! ...
y sé también que allá en tus noches, sola
has vertido por mí más de una lágrima.

Colaboró también en «La Ilustración»: su primer envío, siempre desde Talca, esta vez con la firma «Jorge González B», se titulaba «Por la playa», y estaba dedicado a don Gregorio Schepeler, y se publicaron en la cuarta semana de noviembre de 1901:

Sobre una roca ingente
el loco, extraño a todo, se veía;
agitaba los rizos de su frente
el viento vago de la tarde umbría.

Veíase en sus ojos,
que reflejaban hondas amarguras,
en vez de agravios y fulgores rojos
el fulgor de las íntimas ternuras.

Por primera vez hallamos la firma de Joaquín Edwards Bello en el N.º 123 de «Pluma y Lápiz» (26 de abril de 1903) con un artículo «Diversas clases de escolares: uno que hace novelas de intrigas». Sólo debería adquirir notoriedad con la publicación de su novela «El inútil», nueve años despues.

Carlos Acuña apareció en el N.º 81 de «Pluma y Lápiz» (15 de junio de 1902) con unos versos enviados de Cauquenes y titulados «Nascientur poetae»:

¡Nace el poeta! Desde el áurea cuna
lleva en la mente el germen de su canto...
¡La dió la poesía la alba luna
que iluminó su nacimiento santo!

Pedro Prado asoma en «Zig-Zag», de 5 de agosto de 1905 con un cuento «Cuando se es pobre...»:

«No. Pero fíjese usted bien. Reste tranquilamente, en alta voz: si a ocho le quita tres me quedan... ¿cuántos me quedan?... Cinco, ¿no es verdad? Bien, Ahora resuelvan estos ejemplos:

«Y Rafael, después de escribir en la pizarra algunas subtracciones, dejó la tiza, sopló las yemas de sus dedos para hacer volar el polvo blanco que aun quedaba adherido en ellas, y con lentitud, con un movimiento que revelaba cansancio del cuerpo y del espíritu, se sentó, puso trabajosamente los codos sobre el escritorio y ofrecióle apoyo en sus manos a una cabeza coronada por cabellos negrísimos que hacían palidecer las facciones».

+ Fernando Santiván, publicó su primer cuento en la revista «Chile Ilustrado», en marzo de 1905: se titulaba «Claridad de luna», estaba dedicado «a mi amigo Augusto Thomson» y lo firmaba «Fernando Sant-Ivan» y lo fechaba en San Bernardo el 4 de ese mes:

«Era noche de luna. El espíritu cansado, molestos el uno con el otro por no hallar qué decir, nos sentamos por fin en el centro de la plaza. Después de nuestras desaveniencias siempre pasaba lo mismo cada vez que nos encontrábamos solos.

«Con ademán desganado y haciendo un ligero esfuerzo para ser corteses, dejábamos salir las palabras, como agua que se desliza penosamente sobre un terre-

no lleno de obstáculos. Yo miraba el cielo mientras mi compañero hablaba, distraído también, sobre no sé qué fenómeno del alma».

Los primeros versos de Ernesto Montenegro se publicaron en el libro «Veladas del Ateneo», en 1906: se titulaban «La gran ciudad» y estaban fechados en Valparaíso en 1905:

Allí la gran ciudad... De la ribera
al monte en apretada muchedumbre
tal una caravana que surgiera
de las aguas, en marcha hacia la cumbre
y acampara en la áspera ladera.
Rueda desde el repecho a la hondonada
y trepa tumultuosa la pendiente
o en larga fila se hunde en la quebrada.
El mar solemne se dilata al frente,
y ante las cumbres del confín lejano
que bosquejan más amplios horizontes,
se dijera que pasa por el llano
un rebaño de montes
que ha venido a abreviar el océano!

«Sucesos», de 28 de enero de 1908, le publicó un fragmento de su poema «La pléyade», junto con su retrato:

Fué una fiesta de hermosas, fecundas primaveras
en que estalló la sabia del patrio pensamiento,
cuando repercutían hacia las cordilleras
la voces colosales de Mitre y de Sarmiento.

Lastarria—¡oh grande espíritu que animara una vida de juventud perenne!—fué la voz precursora, cual ave tempranera que a la selva dormida despereza los trinos cuando viene la aurora.

El 22 de septiembre de 1910, se realizaron unos Juegos Florales en Valparaíso y la flor natural le fué otorgada a Montenegro, por su trabajo «Gesta patria». Eligió como reina a la señorita Emma Bobillier B. Eran aquellos los primeros juegos florales que se celebraban en el Puerto. La composición premiada fué publicada en «Sucesos» de 6 de octubre:

Oh patria! que hoy celebras entre fiestas suntuarias
con el suelo nativo tus bodas centenarias,
uniendo a tus hermanas de América y el mundo,
bajo el sol de septiembre, generoso y fecundo,
para cantar tus glorias y para unirse al coro
de los epitalamios de cien liras de oro,
mi musa se despierta de su letargo, y, ruda,
como siempre, en su cántico evocador saluda
la magna apoteosis, molécula de raza
que vibra como todas y en tu fulgor se abrasa!

Según todos los indicios estos fueron los últimos versos que hizo este escritor. Ingresado al periodismo, fué secretario de redacción en «El Mercurio» de Santiago; allá por 1911 ó 12, partió a Estados Unidos; ha venido dos veces a su tierra y por allá lo tenemos

todavía, al lado de sus hijos, tres de los cuales nacieron en suelo de Yanquilandia. Naturalmente, el ejército los ha cogido, y ahí pasará el padre en Nueva York con el credo en la boca.

Según cuentan sus amigos más íntimos, Domingo Melfi se estrenó escribiendo en diarios de Talca antes de cumplir los 20 años; pero no deben tener un gran valor literario tales producciones, posiblemente circunstanciales. Lo efectivo es que apareció en Santiago en el N.º 7 del segundo «Pluma y Lápiz» (30 de agosto de 1912), con un pequeño ensayo: «Pierrot»:

«Pierrot—a quien todos conocemos de oídas y del que alguna vez vimos contorsiones en los escenarios—no nació como habría sido lógico de la famosa Comedia dell'arte, en la cual se plasmaron Arlequín, Pantalón, Mazzettino, etc.—Su origen caótico parece insinuarse en los comienzos del teatro francés. Molière lo presiente—el primero—en su *Jalouisie de Barbouillé*, y es posible que lo haya tomado de algunas de las tantas encarnaciones italianas de las máscaras del Carnaval o del teatro. Pero esto es aventurado; por lo menos no se tienen noticias exactas de su origen ni de cómo apareció en París. Todos sus historiadores callan a este respecto y el propio Catulle Mendés, que de él se servirá para varias de sus comedias funambulescas, no arroja ninguna luz sobre su genealogía y al historiarlo, lo presenta con anterioridad a la llegada a Francia, por el año 1570, de los *Comici Gelosi*, comediantes del Arte».

Su siguiente artículo, en la misma revista, lo dedicaba a Arlequín. Posteriormente escribió con cierta frecuencia en «El Mercurio», generalmente en la edición dominical: ensayos o artículos de crítica literaria. Desde entonces no ha cesado su actividad literaria, y ha publicado varios libros.

Pablo Neruda, se estrenó en «Claridad», 2 de julio de 1921, con un artículo «Sexo»:

«Es fuerte. Y joven. La llamarada ardiente del sexo corre por sus arterias en sacudimientos eléctricos. El goce ya ha sido descubierto y lo atrae como la cosa más simple y maravillosa que le hubieran mostrado. Antes le enseñaron a esconder la inmundicia del bajo vientre y su frente de niño se arrugó en una interrogación inconsciente. Después el primer amigo le reveló el secreto. Y el placer solitario fué corrompiendo la pureza del alma y abriéndole goces desconocidos hasta entonces.

Pero ya pasó el tiempo aquel. Ahora, fuerte y joven, busca un objeto en que vaciar su copa de salud. Es el animal que busca sencillamente una salida a su potencia natural. Es un animal macho y la vida debe darle la hembra en que se complete, aumentándose».

En la misma revista publicó poco después su «Farewell».

«Gabriela Mistral apareció en «Sucesos», de junio 16 de 1910 con «Adiós», firmado con su nombre civil: Lucila Godoy:

Démosnos el adiós serenamente;
he de volverte a ver, mi alma lo siente.
Nada sabemos de la suerte arcana:
te roba hoy, te traerá mañana.
Bajo del impasible firmamento
todo va y viene en caprichoso viento.
En tal mudanza mi esperanza fundo,
viajeras somos y es pequeño el mundo.
Y aunque nunca a esta luz volviera a verte,
dicen que hay otro mundo tras la muerte.

En la misma revista, con fecha 16 de febrero de 1911, publica «Ausente, a mi madre»:

Y evoco el paisaje: la alameda muy larga
hasta el pie de los cerros su esbelta línea alarga
y entre el follaje verde, inquieto y rumoroso
la casa blanca asoma como un rostro curioso.

La campana solloza su vetustez sagrada.
La viejecita sobre su labor inclinada,
sus labios en plegaria melancólica agita:
después dobla su lienzo, mira al campo y medita.

Y el 11 de julio de 1912 publica, siempre en «Sucesos», «Lecturas Infantiles», dedicada a don Manuel Guzmán Maturana, esta vez con la firma Gabriela Mistral, que ya no debería abandonar:

I

Es verdad, no es un cuento.
Hay un ángel guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va doquiera van.

A Manuel Rojas lo encontramos en el N.º 21 de «Claridad» (agosto 6 de 1921), con unas «Impresiones de Viaje» que llevan el subtítulo de «Mendoza. Papelitos»:

«Día de sol, paseo mi cansancio por esta ciudad desconocida ahora para mí. El deseo de intimidar con alguien me hace detenerme en las esquinas o ambular por las calles, buscando entre los que pasan algún rostro conocido para mis recuerdos de adolescencia. Nadie, en esta ciudad, donde hace tantos años mi espíritu encontró la palabra que lo llenó para siempre, ninguno se para ante mi paso y abre los brazos con una exclamación de asombro o de cariños».

Este artículo está fechado: Mendoza, julio de 1921.

Roberto Meza Fuentes asoma en el N.º 4 de la misma revista: octubre 31 de 1920, con «Los nuevos: Alejandro Vásquez»:

«Recluido en las paredes herméticas de su modestia orgullosa, Alejandro Vásquez ha vivido sordo a las sollicitaciones de la popularidad cascabelera y efímera. Reconcentrado en su silencio, ha aprendido a escuchar sus voces interiores, bellas en la multiplicidad

armónica del Proteo que todo poeta y hombre sensible lleva en su corazón y en su cerebro».

Raúl Silva Castro se estrenó también en «Claridad» (N.º 36, de 1.º de octubre de 1921), con «De la Profesión Intelectual»:

«En los días de la semana pasada terminó una polémica que se había iniciado en los diarios de Santiago a propósito de la profesión intelectual de Chile. Alguien llamó la atención en un corto artículo en «El Mercurio», acerca de la pobrísima producción del año que corre, e hizo de paso observaciones de carácter general sobre las causas que, a su juicio, determinan este estacionamiento lamentable de la literatura chilena.

«El año 1921 se presenta, en efecto, pobre como ninguno en obras nuevas de literatos viejos o jóvenes. El libro que será, sin duda, la salvación de este período de tiempo es «La fiesta del camino», de Ernesto Guzmán, que está actualmente a punto de ser puesto en circulación. Es necesario no olvidar el pequeño folleto «Vibraciones actuales»—[qué título!—por Fernando García Oldini, corto volumen que no tiene sino dos capitales defectos: 1.º que el autor no ha sabido escoger a un escritor que dé base para una fecunda «construcción estética»—como define la crítica al propio estudiado, Armando Donoso—ya que el lírico divagador de «Un hombre libre» es bien poco original; y 2.º que Oldini no ha podido ponerse a la altura de los asuntos que, a propósito de los tópicos que Donoso trata, se pudieran desarrollar».

Sady Zañartu fué dado a conocer en la Antología «Selva Lírica» con unos versos titulados «Santiago antiguo»:

Amo esos viejos tiempos de cajas y tambores
en que un abuelo mío se decía marqués,
y en que se recogían los señores oidores
en invierno a las nueve y en verano a las diez.

También debemos tomar de «Selva Lírica» (1917) los primeros versos de Vicente Huidobro:

Quando yo me haya muerto
Habrá presentimientos en las cosas
y en la muda quietud de los objetos,
me vendrán obsesiones intensas, dolorosas
y sentiré unas ansias de contar mi secreto.
Arañaré las sábanas en rudas crispaciones,
la nariz afilada tomará albor de lino,
a todos los presentes les pediré perdones
y sentiré sollozos en el cuarto vecino.

Pablo de Rokha empezó publicando versos ceñidos al estilo de Rubén Darío, hace unos 30 años, firmados con su nombre civil: Carlos Díaz, en el diario «La Mañana», especialmente: aquella producción lo acreditaba para formar entre los poetas de vocación indiscutible. No tardó en cambiar conjuntamente de firma y de rumbos. Pero entre las nubes de que le place rodearse brilla de cuando en cuando el verdadero poeta.

Antonio Acevedo Hernández, fiel a su vocación, empezó con un artículo «Nuestro Teatro», en el N.º 1 de «Claridad», octubre 9 de 1920:

«No es mi ánimo dedicar mi tiempo a estudiar la lentísima evolución de nuestro teatro desde sus comienzos, porque si tomo en cuenta su relativo valor de hoy, llego matemáticamente a comprender que el de antes muy poco valía».

Zoilo Escobar dió sus primeros versos a «Sucesos», que le publicó en 26 de noviembre de 1908, «Mar, sol y viento»:

Me dijeron, no he visto costa más desolada:
 desde se llega a ella no se ve nada, nada;
 el agua, el sol y el viento fatigan la mirada.
 Mas, yo que admiro el agua, que admiro el sol y el
 [viento,
 me encaminé a la playa con el ardor que siento
 por todo lo que bulle y esconde algún acento

Daniel de la Vega aparece en «Sucesos», de 14 de octubre de 1909, con «Asonancias», firmadas Daniel E. de la Vega:

Escribeme una estrofa, me decía,
 una estrofa de amor que contar sepa
 con palabras ardientes tu cariño
 y con frases sentidas tu tristeza.

¿Qué escribí? No lo sé. Sólo recuerdo
que leyendo mis versos se quedaba
un momento pensando y silenciosa
un beso me lanzó con la mirada.

Por entonces, este poeta colaboraba en la revista
«Correvuela» de Santiago, y enviaba sus versos desde
Quilpué, lugar de su nacimiento:

Washington Espejo se estrenó también en «Sucesos»: el número de 24 de diciembre de 1908 le publicó «Otoño»:

La alondra ya no canta en la espesura,
los árboles perdieron su ropaje
y como un eco triste en el ramaje
pasa el viento llorando su amargura.

El arroyuelo tímido murmura
sin besar frescas flores en su oleaje,
y sobre la tristeza del paisaje
se ve flotar inmensa nube obscura.

No podrían ser olvidados entre los que persisten fieles a su vocación, a Ricardo Latcham, Eugenio Orrego Vicuña, Benjamín Subercaseaux, Armando Arriaza, Lautaro Yankas, Carlos Préndez Saldías, Hernán del Solar, Victoriano Lillo, Olga Acevedo, Bernardino Abarzúa, Carlos Vattier, David Perry,

Ricardo Donoso, Marta Brunet, Armando Mook, Salvador Reyes, Luis Durand y otros, cuyos comienzos, no he podido establecer por falta de tiempo.

* * *

Cabe ahora mencionar a los que han persistido dentro de las filas literarias, pero cambiando de género o de rumbo.

Emilio Rodríguez Mendoza aparece en la tercera semana de noviembre de 1895, de la «Revista Cómica», con un «Cuento de Navidad», firmado «A. de Géry» que fué su firma literaria durante sus primeros años de escritor:

«La pobre escuela del monasterio debía cerrarse aquel día—la víspera de Pascua, el último del año escolar—.

«Tal vez por eso, la más vieja de las religiosas del convento había llegado trabajosamente aquel día hasta la puerta de la escuela para despedir, acaso por última vez, a todas aquellas pequeñuelas de cabecitas rubias que habían llegado a ser una necesidad de su existencia.

«La madre María, como la llamaban en la escuela, se quedaba sola y triste con su cabeza temblorosa bajo las grandes alas de su toca blanca.

«Y las muchachas formadas de dos en dos, salían ya muy alegres de la escuela a la que tal vez ya no volverían».

Sus cuentos reunidos en un volumen, «Gotas de absintio», fueron prologados por Rubén Darío. Después publicó novelas, y, por último, se ha dedicado a recuerdos de viajes o relativos a la historia nacional.

Hernán Díaz Arrieta asoma en «Zig-Zag», de 11 de febrero de 1910 con un cuento, «Raro»:

«Pedro Luis era raro.

«Ser raro significa muchas cosas en sociedad: significa primeramente ser distinto de lo común, es decir no vulgar; y por eso hay tantos que se fingen raros para hacerse interesantes. Ser raro significa, por otra parte, poder incurrir en toda clase de singularidades, a veces muy singulares, sin otro temor que ver a los demás encogerse de hombros y decir sonriendo: ¡Cosas de fulano! Para los que confunden casi la locura con el genio, más cerca de la generalidad de la línea imperceptible en que coincide la clara luz con la nocturna sombra...».

«Sucesos», de junio 8 de 1911, le publicó «¡Gai-vé! ¡Gai-vé!»:

«Magnífica estaba la Quinta en esa tarde otoñal. Las hojas de los árboles «parecían haberse bebido el sol». Las acacias resplandecían amarillentas y doradas; los pinos aclaraban el verde oscuro de su espeso follaje; a la brisa del crepúsculo, los eucaliptus mecían sus largas hojas, con reflejos de plata.

«Florencio avanzaba con lentitud, aspirando hasta el fondo del alma la poesía de los colores, la embriaguez de los perfumes. Tenía 17 años, aunque repre-

sentaba 20. Era poeta y publicaba en las revistas versos incendiarios o lánguidos en que lloraba amores».

En 1910, publicó junto con Jorge Hübner un libro «Prosa y verso», del que ya no se encuentra un ejemplar ni en la Biblioteca Nacional. En los años siguientes insertó en «Sucesos» un «Diario íntimo», que escribía «Alone». Reunidos en un tomo, formaron la novela «La sombra inquieta» que fué un triunfo de crítica y de librería. No tardó en torcer rumbos y en dedicarse exclusivamente a la crítica literaria, lo que ha dado un justo renombre.

Nathanael Yáñez Silva, apareció en «La Ilustración», de abril de 1902, con un cuento «El traje de bodas». En la semana siguiente publicó «O!é», en un estilo que habría de variar muy poco:

«Como las mariposas de alas de iris que juegan sobre los pétalos húmedos de las flores, como los cisnes que mojan la seda de sus plumas en el cristal líquido del lago, como brisa que lleva en sus alas perfumes, frases y suspiros y vaguedades de la tarde, así te quiero; y también tus labios, donde parece que toda la púrpura de los claveles sevillanos se ha concentrado en ellos, húmedos, temblorosos, entreabiertos, como para dejar pasar el aliento que quema, para encender besos sonoros».

Yáñez Silva alcanzó a publicar dos novelas y una colección de cuentos. Después se dedicó exclusivamente al teatro, en lo que ha obtenido varios triunfos.

Juan Manuel Rodríguez, se inició en «Sucesos», el 21 de junio de 1905, con «Menudencias»:

Cuando la luna se asoma
a través de mi ventana,
no sé por qué me recuerdo
la palidez de tu cara.

Deja besarte,
no esquives la cara,
que al besarte en los ojos parece
que te beso el alma!

También publicó cuentos en la misma revista. Después se dedicó al teatro y a publicar crónicas alegres, con pseudónimo «Juan del Campo», que popularizó. Murió en estas actividades cuando bordearía los 40 años.

Otros que empezaron publicando versos y se dedicaron definitivamente a autores teatrales fueron Eduardo Valenzuela Olivos y Matías Soto Aguilar. Este último falleció recientemente.

José María Cifuentes G., que también ha dado algunas obras al teatro, se estrenó como poeta en «Zig-Zag» de febrero 6 de 1909.

A mi amiga

Insensible y adusta, fría y hermosa
como la muda estatua de alguna diosa

sueñas ver a tus plantas adoradores
que te ofrezcan, rendidos, cantos y flores.
Mientras guíe tu pasos la blanca estrella
que tu mañana luce radiante y bella,
mientras duren tus gracias y tus encantos
encontrarás, amiga, flores y canto.

Damos término aquí a esta especie de estadística de los que, entre los años 1895 y 1910, aproximadamente, se iniciaron como escritores de imaginación, para demostrar que fueron muy pocos los que llegaron hasta el final o siguen aún en el oficio. Tal estadística ha resultado incompleta, porque no se ha tomado en cuenta a un buen número de publicaciones, exclusivamente literarias o no, que publicaron trabajos literarios en ese período; pero nos parece que el trabajo realizado es suficiente para la comprobación de la tesis que sentamos al comenzar: en la carrera literaria, muchos son los que parten, muy pocos los que llegan a la meta.